

“ sus miradas. Sin embargo, entre todos los vicios ninguno se teme mas que el escándalo; ¡qué digo! el escándalo mismo está en su colmo: porque la incredulidad, aunque tímida, no está muda, pues sabe deslizarse blandamente en las conversaciones, tan pronto con envenenados chistes, tan pronto con cuestiones en que se quiere tentar á Jesucristo á semejanza de los fariseos. Entre tanto la ciega prudencia de la carne que se arroga el derecho de moderar la religion, deshouna y enerva la poca fe que queda entre nosotros. Cada cual marcha por el camino que le señala su propio juicio, é ingenioso para engañarse á sí mismo, se forma una falsa conciencia. Reconoced la autoridad de los Pastores, y lograréis la uniformidad de la disciplina. El desarreglo, incapaz de contentarse con que se le tolere, quiere ser la regla misma, y llama exceso á cuanto se le opone. La casta paloma, cuyo patrimonio aquí abajo son las lágrimas, redobla sus gemidos. El pecado abunda, la caridad se resfría, las tinieblas se espesan, el misterio de la iniquidad se forma, y en estos dias de ceguedad y de pecado hasta los elegidos serian engañados, si pudieran serlo. La antorcha del Evangelio, que debía dar la vuelta al mundo, termina su carrera. ¡Oh Dios! ¡Qué veo! ¡Dónde estamos! ¡El dia de la ruina está cercano, y los tiempos se apresuran á llegar! Pero adoremos en silencio y temblando el impenetrable secreto de Dios.”

Así concluye Fenelon la segunda parte de este magnífico discurso. Tal vez ninguno de su clase podrá ofrecerse al paralelo, para obtener sobre esta pieza el fallo de una superioridad indisputable. Si se trata de las pruebas, ¡cuánto no resplandecen aquí la copia mas sorprendente de doctrina, el predominio sobre la historia, la erudicion del mejor gusto, la mas adecuada y perfecta filosofía, la concordia de cuanto mas escogido abrazan en su inmenso conjunto la erudicion sagrada y la profana con lo que mas arrebatada y subyuga en un entendimiento claro y penetrante; las verdades austeras de la moral con los atavíos primorosos y exquisitos de una feliz imaginacion! No se encuentran aquí ni las prolijidades que fastidian, ni las sutilezas que atormentan, ni las pesadas discusiones que cansan, ni las vanas imágenes que esterilizan, ni el follaje y la hinchazon que nunca satisfacen, ni la sencillez lánguida que obstruye la fuente del sentimiento, ni la luz que ofusca, ni las flores que se marchitan. Los movimientos, tan suaves como el alma de Fenelon, son tal vez mas irresistibles que la voz impetuosa de Bossuet. Sencillo,

pero al mismo tiempo elevado, aquel orador estimable derrama la claridad sobre cuanto expone, y levanta al mismo tiempo el espíritu de los fieles que le escuchan, hasta la altura de sus grandes pensamientos. Su estilo se desliza como una blanda corriente, mas arrastra al mismo tiempo como los caudalosos rios; y mientras respeta en sus márgenes á la tierna y delicada rosa, postra en los bosques al orgulloso cedro y á la robusta encina.

EPILOGO.

¡Como cerrará el orador esta obra maestra de la elocuencia religiosa! ¡Tronará como Bourdaloue contra los vicios de su patria! ¡anunciará como Massillon el fin de los tiempos, ó descorrerá como Bossuet el misterioso velo del sepulcro ante un auditorio de reyes! No temáis sorprender al Cisne de Cambray fuera de aquella tranquila y deliciosa senda tocada solo por su planta. Recorred el campo inmenso de la filosofía, subid á colocaros en las faldas del Pindo, examinad las correspondencias de una amistad sincera, escuchad sus consejos místicos á las almas piadosas, dad la vuelta á la esfera indefinida de la política, id á conversar en el sepulcro con los que ya gozaron de la vida, pedid á la naturaleza que os revele sus arcanos, buscad, finalmente, al genio del orador en el teatro vastísimo de la elocuencia, ¹ y siempre encontraréis, y por todas partes, á este hombre privilegiado, á este vencedor sin vencidos, á esta alma feliz que no tuvo modelo; encontraréis por todas partes la sublimidad humilde, la serena ternura, el apasionado interes, la caridad inflamada, el prudente celo, la dulzura inimitable; la imaginacion única, la virtud ilustre y seductora del amable Fenelon.

Vedle cómo se recoge, cómo busca en la inmensa familia del género humano aquellas pocas almas que en el silencio de su retiro conservan inextinguible la luz de la fe y el fuego puro de la caridad: vedle postrado al pié del trono del Eterno, deshecho en lágrimas y reclamando con ellas las gracias de la redencion. Su patria entónces presente á su espíritu, parece inspirarle aquellos sentimientos de ternura que fluyen de sus labios para elevarse hasta el cielo.

¹ Alusiones todas á los diferentes géneros en que se ejerció Fenelon.

“Almas recogidas, exclama, almas fervorosas, apresuraos á detener la fé, ya próxima á volar de entre nosotros. Sabéis que diez justos habrían salvado la ciudad abominable de Sodoma, que consumió el fuego del cielo. A vosotras corresponde gemir incesantemente al pié de los altares por aquellos que no lloran sus miserias. Oponeos; sed el escudo de Israel contra los rayos de la cólera del Señor; haced violencia á Dios, mirad que así lo quiere; detened con vuestra mano inocente la cuchilla ya levantada.”

“Señor, que decís en vuestras escrituras: *Aun cuando una madre olvidase á su propio hijo, fruto de sus entrañas, yo no os olvidaré nunca*: no apartéis vuestra presencia de nosotros. Que vuestra palabra crezca en esos reinos á donde vos la enviáis; pero no olvidéis las antiguas Iglesias, cuya mano habéis conducido tan felizmente para plantar la fé en esos nuevos pueblos. Acordaos de la silla de Pedro, fundamento inmóvil de vuestras promesas. Acordaos de la Iglesia de Francia, madre de la de Oriente, y en la cual ha resplandecido vuestra gracia. Acordaos de esta casa, que es la vuestra, de los obreros que ella forma, de sus lágrimas, de sus oraciones, de sus trabajos. ¿Qué os diré yo, Señor, por nosotros mismos? Acordaos de nuestra miseria y de vuestra misericordia. Acordaos de la sangre de vuestro Hijo que mana sobre nosotros, que os habla en favor nuestro, y en la que ponemos toda nuestra confianza. Léjos de arrancar de nosotros, según vuestra justicia, esta poca fé que nos queda aún, aumentadla, purificadla, vivificadla. Que penetre todas nuestras tinieblas, que sofoque todas nuestras pasiones, que rectifique todos nuestros juicios, á fin de que, después de haber crecido aquí abajo, veamos eternamente en vuestro seno lo que ha sido el objeto de nuestra creencia.”

He aquí una idea mui ligera de esta obra incomparable de la oratoria cristiana. Ella contiene, como anunciamos desde el principio, cuantas prendas caracterizan á un orador de primer orden, puesto que se hallan aquí reunidas en alto grado la lógica, la poesía y las pasiones. Un racionio que incesantemente progresa, y siempre con una rapidez asombrosa; ideas que se suceden con extraordinaria facilidad sin confundirse nunca; una verdad urgente y llena de insinuación y de vida; imágenes ricas, pintorescas y dignas de figurar con brillo en los mas elevados poemas; contrastes mui seductores por su hermosura y naturalidad; cuadros escogidos en la historia con increíble economía, presentados con la mas clara concisión y de aplicaciones tan felices, que per-

suaden mas altamente que los mejores argumentos; lo bello, lo grande y lo sublime, lo suave, lo fuerte y lo apasionado ocupando siempre aquel sitio que la crítica tiene fijado ya y que les asigna el buen gusto; movimientos felicisimamente prevenidos y extraordinariamente variados, como la admiración que suspende las potencias, ó tal vez el saludable terror que nos hace estremecer á vista de nuestro futuro destino. ¿Cómo caracterizar una elocuencia que así hace fluctuar nuestro espíritu en un golfo de sentimientos tan vários y profundos! Unas veces nos deja penetrados íntima y profundamente de una desesperada tristeza; otras debilita con dulzura inefable tan horrible pasión para dejarla en un grado de melancolía dulce y atractiva; hasta que por fin, retirando mui léjos los términos de la esperanza, priva de su fuerza natural á nuestro espíritu, para dejarle caer en esa languidez extremada que se parece tanto al postrer sueño del hombre.

Véase aquí juntas y mutuamente sostenidas la dialéctica triunfadora de Bourdaloue sin aquella erudición recargada ni el tono cuasi escolástico donde hallan algunos los títulos de su gloria, y muchos otros el menoscabo de su poder; la fecundidad prodigiosa de Massillon sin esas amplificaciones frias con que á veces debilita la acción de su elocuencia, ni ese amontonamiento de ideas terribles con que agobia muchas veces, y vuelos atrevidos, á par que siempre sublimes, que nos hacen recordar á Bossuet. ¿Cuál será pues el modelo de esta elocuencia singular que parece no asemejarse á ninguna! ¿En qué fuente bebería Fenelon esta unción exquisita, esta persuasion tan dulce, este derretimiento con que parece resolver nuestro espíritu con los transportes del amor! ¿Lo diré? No busquéis el modelo en Demóstenes, en Tulio ni en Bossuet: leed á Isaías, el mas sublime de todos los profetas: mirad cuán suavemente se comunica su inspiración al genio de este admirable Pontífice; mirad cómo brilla por todas las partes de este magnífico discurso esa poesía soberana que depositan las Escrituras Santas y que tanto ha elevado á Racine sobre Virgilio, y á Herrera y Leon sobre Píndaro: pero leed sobre todo el Evangelio, escuchad á Jesucristo en las situaciones diferentes de su peregrinación por la tierra: acordaos de aquella indeficiente y atractiva amabilidad que trascendia siempre á sus palabras, de la gracia interesante y tranquila de sus instrucciones, de aquella sabiduría profunda que los mismos impíos han admirado en sus discursos. Ved en el Evangelio la verdadera fuente de la elocuencia sagrada y el ejemplo que tenia siempre á su vista el arzobispo de Cambray.

Pero, ¿qué palabras bastarian á encarecer nunca esta pureza única de gusto, esta perfeccion inimitable de estilo, esta sobriedad poética de un genio inspirado que nunca abusa de sus tesoros, y esta ternura, finalmente, con que hubiera podido honrarse el mismo Virgilio? ¿No nos complacemos en sorprender en esta elevada sencillez al discípulo, al émulo, al eminente admirador de Homero? Al echar la vista por estas páginas de oro, ¿no nos creemos trasladados como por encanto á los tiempos felices de la culta Grecia?

¿Porqué fatalidad inconcebible esos críticos minuciosos llenos de erudicion y curiosidad y tan ansiosos de sorprender con mil descubrimientos al mundo literario, que ocuparon los mejores dias de su existencia en analizar el siglo de Luis XIV, no han asociado, cuando se trata de la oratoria del púlpito, el amable nombre de este esclarecido Pontífice al de Bossuet, Massillon y Bourdaloue, que son justamente vistos como el glorioso triunvirato de la elocuencia religiosa? Si debemos lamentar á nombre de las letras, dice Maury, que Fenelon, mas amigo de Jesucristo que de la celebridad, contento siempre con abandonarse á las inspiraciones del momento, no nos haya dejado una galería de obras maestras, para las cuales tenia elementos tan fecundos; no le rehusariamos sin injusticia y sin ingratitud esa gloria de que le cubren las dos producciones eminentes que legó á la admiracion de la posteridad. No es la multitud sino la importancia de los títulos quien distribuye y fija los asientos en el santuario de la gloria."

En vano llenariamos muchas páginas desahogando sabrosamente los sentimientos que este discurso nos inspira, porque no es dado transmitirlos ni pintarlos al débil influjo de nuestra expresion. Hai en esta obra tal concurso de circunstancias, que para elogiarla dignamente seria necesario, no solo poseer la materia con perfeccion, sino detenerse mucho en cada una de sus partes. Una de las cosas mas admirables en ella es la mezcla que descubrimos á cada paso de la sublimidad y la ternura: porque se hace increíble que hayan sabido asociarse constantemente dos sentimientos que, si no son opuestos entre sí, á lo ménos se hallan colocados á distancias inmensas. Lo tierno pertenece á esa belleza singular que parece nacida para mantener al alma en aquel suave y delicioso recreo que no se hermana casi nunca con los sacudimientos que causa lo sublime. Nos fatigamos buscando en los otros escritores un carácter semejante de estilo, y á la verdad no podemos encontrarle. Cierta es que el alma del autor se pinta regularmente en sus obras; pero esta circuns-

tancia es tan característica de Fenelon, que nos vemos tentados á reputarla por única. Su alma se mezcla en todo, y todo lo atrae con dulzura inefable: y nosotros no sabemos cómo definir esos trasportes continuos que tan profundamente nos arroban, y esos golpes terribles que nos hacen estremecer, cuando todo conspira á la calma y todo anuncia la serenidad y la quietud. El panegirista de las acciones guerreras podrá tal vez unir su nombre al de los héroes que celebra, mediante los primores de un bello estilo; pero el que habla de las producciones insignes que enriquecen la literatura, habrá siempre de resentir el humillante golpe que le prepara la desventaja de su posicion. "El mejor modo, por no decir el único, de alabar el genio oratorio, dice el autor citado, será siempre someterle á la mas concluyente de las pruebas, la de referir textualmente, no un bello pasaje aislado que la casualidad pudiera ofrecer en una mala composicion, sino muchos de ellos bien sostenidos; porque solo así se conocen los talentos de primer órden á favor de unas obras esclarecidas y perfectas, á donde la medianía no toca jamas."¹

¹ Maury. Essai sur l'éloquence de la chaire.

